Presentación

Que todos sean uno... para que el mundo crea (Jn 17,21)

"Cristo llama a todos sus discípulos a la unidad", recordaba Juan Pablo II al comienzo de *Ut unum sint* (=UUS), la primera encíclica enteramente dedicada al ecumenismo. Esta búsqueda de la *unidad visible* entre todos los cristianos en la única Iglesia de Cristo supone una tarea eclesial que no se puede evitar. Intentando sacudir las conciencias dormidas de tantos cristianos, el entonces sucesor de Pedro insistía: "¿cómo podrían negarse a hacer todo lo posible, con la ayuda de Dios, para derrumbar los muros de la división y de la desconfianza, para superar los obstáculos y prejuicios que impiden el anuncio del evangelio de la salvación mediante la cruz de Jesús, único Redentor del hombre, de cada persona?" (UUS 2). El escándalo de la división entre los cristianos es contrario a la división de Cristo.

"*Ecumenismo*" procede de la palabra griega *oikos* (casa) y expresa la voluntad de volver a la casa de Cristo, que es su Iglesia. En esa casa hay muchas moradas, unas más céntricas que otras, donde caben todos los cristianos en el cuerpo de Cristo. La teología ecuménica no supone otra cosa que una reflexión sobre la unidad de la Iglesia, tras las fracturas que a lo largo de los siglos se han producido en el cristianismo. Fomentar la unidad constituye, pues, un reto inaplazable, que afecta a todos los cristianos y debe afrontarse desde distintas perspectivas. El ecumenismo puede –y debe– llevarse a cabo como un compromiso espiritual, mediante la oración y la conversión del corazón, además de buscar los comunes valores evangélicos, que han de traducirse en relaciones eclesiales entre todas y cada una de las confesiones cristianas.

> Podemos decir que la palabra *oikoumene*, del griego clásico, pertenece a una familia de vocablos referidos a la casa, la habitación, la permanencia (*oikos:* casa; *oikeiotês:* relación de parentesco; *oikoumene:* tierra habitada y civilizada, universo).

> En la literatura griega profana, la *oikoumene* designaba el mundo habitado por la civilización helena, fuera de la cual se hallaba el espacio de los bárbaros. Con la *pax romana*, la *oikoumene* pasó a designar el área geográfico-cultural bajo el dominio del imperio.

También otras *dimensiones* son importantes, como la purificación de la memoria, afrontar juntos el secularismo, defender la "casa común" de la creación, la vida humana o la familia. Sin embargo, en estas páginas nos centraremos en el ecumenismo entendido como realidad que ha de estudiarse teológicamente. El diálogo ecuménico ha de tener manos, cabeza y corazón: hemos de trabajar juntos, estudiar juntos, rezar juntos. Aunque se trate de una dimensión de toda la teología –la ecuménica–, al igual que la pastoral o la espiritual, nada impide convertir en objeto específico de estudio, como ocurre con esas otras disciplinas. La teología ecuménica es toda la teología en diálogo con las demás confesiones cristianas.

Tras los acercamientos a cristianos de otras confesiones por parte de los papas durante el siglo XIX, el movimiento ecuménico surgido sobre todo entre protestantes dio sus frutos, y el Vaticano II lo calificó como "acción del Espíritu Santo". Juan XXIII quiso un concilio para promover la reforma y la unidad de la Iglesia, mientras Pablo VI continuó en esta dirección y el decreto de ecumenismo estableció los "principios católicos" (es decir, la unidad entre ecumenismo y eclesiología). Así, el decreto sobre ecumenismo *Unitatis redintegratio* se encuentra unido a la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia y la declaración *Orientalium Ecclesiarum* sobre las iglesias católicas orientales, todos ellos documentos del Vaticano II.

A su vez, el decreto sobre ecumenismo del Vaticano II propone la *búsqueda de la comunión* en la colaboración y cooperación social, en el diálogo teológico y en la oración y la conversión, verdaderos motores del diálogo ecuménico. Son pues estas las tres dimensiones en las que ha de desarrollarse todo ecumenismo: manos, cabeza y corazón.

Así, en tiempos recientes, Juan Pablo II ratificó estos principios en su encíclica ecuménica *Ut unum sint* (1995) y mostró la cercanía de Roma con las iglesias orientales, no solo católicas sino también ortodoxas. La *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* (1999) supuso un hito y un punto de partida para el diálogo teológico tanto con luteranos y metodistas en un primer momento, así como también después con anglicanos y reformados. Benedicto XVI promovió el diálogo teológico con ortodoxos en el *Documento de Ravena* (2007), que estudió el modo de ejercer el primado tal como fue vivido en el primer milenio de la cristiandad, cuando todos los cristianos estaban todavía unidos.

Con la llegada del *nuevo milenio* y la difusión de la globalización, el mapa ecuménico fue cambiando de modo continuo. El protagonismo en toda la Iglesia del sur global *(Global South)* ha cambiado la geografía de la fe. Las iglesias y comunidades eclesiales experimentan continuos cambios en el número de fieles. La Iglesia ha pasado de ser predominantemente eurocéntrica a "mundocéntrica". Además, el rápido crecimiento de evangélicos y pentecostales ha movido a la Iglesia católica a entablar conversaciones también con ellos, tal como ha mostrado el papa Francisco en diversas ocasiones.

Por otra parte, el "*ecumenismo de la sangre*" –tal como lo llamó el papa Francisco– ha planteado ciertas urgencias y cuestiones distintas a las planteadas anteriormente. Siguen siendo necesarias las tres dimensiones del diálogo: el llamado ecumenismo de las manos, de la cabeza y del corazón, esto es, en cuestiones de cooperación y justicia social y ambiental, en el diálogo teológico, y en la promoción de la oración y la propia conversión. En los últimos tiempos y como preparación al quinto centenario en 2017 de la ruptura de Lutero con la Iglesia católica, se habló de la necesidad de una declaración conjunta con los protestantes en torno a los mencionados temas de la eucaristía, el ministerio y la eclesiología. Sin embargo, el camino por recorrer es todavía largo.

De momento, tenemos el modelo de una "*diversidad reconciliada*", donde cada uno sabe dónde se encuentra respecto a los demás, a la vez que promueve el diálogo en el amor y la verdad. Los gestos y declaraciones de cercanía entre distintas confesiones cristianas se están convirtiendo en una feliz rutina. Al igual que sus predecesores, el papa Francisco demostró que el ecumenismo ha constituido una de las prioridades de su pontificado. Tras el camino recorrido juntos, con la claridad de ideas aportadas por el concilio, el ardor misionero del pontificado actual, el testimonio de los mártires de todas confesiones y –sobre todo– con la acción del Espíritu, tal vez podrían venir interesantes novedades ecuménicas en los próximos años. Nos encontramos, pues, ante un verdadero momento ecuménico de especial importancia.

A lo largo y ancho de estas páginas, veremos así en primer lugar lo referido a las iglesias orientales, tanto en lo que se refiere a la teología y la espiritualidad como un acercamiento más histórico y sociológico a las iglesias ortodoxas. Tras esto veremos lo referido a la reforma protestante. En primer lugar, con motivo de los 500 años de su inicio, realizaremos un balance provisional de lo que ha supuesto para la Iglesia. Después, iremos a los orígenes, repasando la doctrina de la justificación por la fe tras la declaración conjunta de 1999, que constituye un irrenunciable punto de partida. Supone así un buen comienzo del diálogo teológico entre católicos y protestantes,

que ha seguir ahora en otros ámbitos como los sacramentos, el ministerio, la eclesiología y la interpretación de la Escritura.

Retomamos después un enfoque más histórico y sociológico, al analizar –junto con la teología– el calvinismo, el anglicanismo y la llamada "tercera reforma" protagonizada sobre todo por los movimientos evangélicos y pentecostales de gran actualidad en el momento presente. Procuramos obtener de este modo un mapa más o menos detallado del mundo protestante. En fin, repasaremos el magisterio pontificio de los últimos papas: Juan Pablo II, Benedicto XVI y el papa Francisco, para concluir con un epílogo, en el que ofrecemos las principales líneas del *Vademécum sobre ecumenismo* publicado en 2020. De esta forma, tenemos –en mi opinión– un completo panorama histórico, teológico, social y magisterial de la situación actual del ecumenismo, que espero que sea de utilidad para el lector.

A lo largo de todos estos años, el ecumenismo ha seguido progresando, a pesar de las dificultades. El 12 de febrero de 2016 se encontraron el papa Francisco y el patriarca de Moscú, dándose un abrazo milenario: el sucesor de Pedro y el patriarca de Moscú habían tardado casi mil años en encontrarse, de modo análogo a cuando Pablo VI y el patriarca Atenágoras levantaron las recíprocas excomuniones, el 8 de diciembre de 1965, al término del concilio Vaticano II. Después, la guerra en Ucrania lo complicó todo. Sin embargo, tal vez deberíamos ver estos gestos como un buen comienzo de un nuevo tercer milenio para la Iglesia. Tras un primer milenio de unidad y un segundo de división, viene ahora otro –esperemos– de comunión entre todos los cristianos.

Los últimos papas –de Pablo VI, Juan Pablo II a Benedicto XVI, Francisco y León XIV – se encontraron con frecuencia con el patriarca ecuménico de Constantinopla, el *primus inter pares* en las iglesias orientales separadas de Roma. Las visitas entre Roma y el patriarcado ecuménico por las fiestas de san Andrés y san Pedro respectivamente constituyen una costumbre anual, así como la visita de los luteranos finlandeses con motivo de la fiesta de san Enrique. El ecumenismo tiene mucho que ver con la santidad, así que ellos –los santos y las santas de Dios– pueden guiarnos en este camino hacia la unidad visible.

El 10 de noviembre de 2016, el papa Francisco recordó que "la unidad no es uniformidad". Las diferentes tradiciones teológicas, litúrgicas, espirituales y canónicas crecidas en el mundo cristiano, si permanecen enraizadas de forma auténtica en la tradición apostólica, son una riqueza y no una amenaza para la unidad de la Iglesia. Por tanto, "la unidad, como todo camino, requiere *paciencia*, tenacidad, esfuerzo y compromiso. No elimina los conflictos ni los contrastes, de hecho, muchas veces puede dar lugar a nuevos malentendidos".

El obispo de Roma recordó que *la cooperación, el diálogo y la oración conjunta*, ya existentes, son signos reales de que el ecumenismo es posible y de que, en muchos aspectos, los cristianos ya estamos unidos, aunque haya que ahondar en esa unidad. Ya, pero todavía no: "la unidad del amor –proseguía Francisco– ya es una realidad en el momento en que aquellos a los que Dios ha llamado a formar parte de su pueblo, anuncian juntos las maravillas que ha hecho por nosotros". La comunidad cristiana, con su pluralidad, está llamada "no a competir, sino a colaborar", concluyó. Hacemos nuestras estas palabras como síntesis de las páginas que siguen.

La Iglesia católica sigue manteniendo contacto y *diálogo oficial bilateral* con la mayoría de las confesiones cristianas, lo cual dará su fruto cuando el Espíritu lo disponga. La paciencia es "hija de la esperanza", nos recordó el papa Francisco. También pentecostés vino en un momento inesperado, tras un común acto de oración: "Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con los hermanos" (Hch 1, 14). De momento, hemos de seguir rezando, trabajando y estudiando juntos para estar más próximos a Cristo y acercarnos a nuestros hermanos. Si cumplimos la primera condición se dará la segunda.

La Iglesia católica sigue manteniendo contacto y *diálogo oficial bilateral* con la mayoría de las confesiones cristianas, lo cual dará su fruto cuando el Espíritu lo disponga. También León XIV, al comenzar su pontificado, ha hecho alusión a la necesidad de la búsqueda de la unidad entre los cristianos. "Como obispo de Roma, considero uno de mis deberes prioritarios la búsqueda del restablecimiento de la plena y visible comunión entre todos aquellos que profesan la misma fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo", afirmó ante Bartolomé I, patriarca ecuménico de Constantinopla; Teófilo III, patriarca ortodoxo griego de Jerusalén, Mar Awa III, patriarca de la Iglesia asiria de Oriente, y otras autoridades cristianas. Además, reivindicó el legado del primer concilio ecuménico en el año 325 en Nicea, donde la común fe cristológica proporcionó la unidad.

> "Nuestra comunión se realiza, en efecto, en la medida que convergemos en el Señor Jesucristo. Cuanto más le somos fieles y obedientes, más unidos estamos entre nosotros. Por eso, como cristianos, estamos llamados a orar y trabajar juntos para alcanzar paso a paso esta meta, que es y será siempre obra del Espíritu Santo", explicó.

El ecumenismo es como una rueda con radios: al acercarnos al centro, Jesucristo, estamos más cerca también unos de los otros. Hemos de quitar en primer lugar los obstáculos que nos separan de Cristo. Por eso el mensaje de conversión y santidad sigue teniendo prioridad en el diálogo ecuménico. Los problemas y las dificultades

nos han hecho más realistas, y por eso hemos comprendido mejor la necesidad de purificación, personal y colectiva, tal como pedía el Vaticano II. *Ecclesia semper purificanda*: la Iglesia ha de purificarse de modo continuo (cfr. LG 8). De hecho, el octavario para la unidad de los cristianos en el hemisferio norte termina con la fiesta de la conversión de san Pablo.

Contamos, pues, sobre todo con la oración y la petición de perdón a Dios y entre nosotros. Tras pedir las oportunas disculpas por los posibles errores de este texto, espero también que estas sencillas páginas sirvan también para "conocer y comprender" a otros cristianos, con quienes estamos llamados a formar la única Iglesia de Cristo. "Que seamos uno" (Jn 17, 21) fue la última voluntad del Señor expresada en el discurso sacerdotal de la última cena. Esperemos, así, que podamos ir removiendo todos los obstáculos –uno tras otro– para poder reunirnos algún día todos los cristianos en torno a la misma mesa de la eucaristía.

Pamplona, primavera de 2025,
1700 aniversario de la celebración
del primer concilio ecuménico de Nicea.